

El círculo de plata que pendía en lo alto de la cúpula celeste y resplandecía como si la dama de la noche se encontrase eclipsada de alguna forma, dejando ver sólo su fulgor detrás de un velo oscuro, mantenía en vilo a toda aquella gente que se encontraba en ese momento celebrando la misa nocturna en el imponente templo. Los pocos que se atrevían a asomarse para ver aquella extraña aparición se persignaban llenos de pánico y volvían con los otros que no salían, escondidos bajo la catedral al amparo de sus muros sagrados. Uno de ellos, sin embargo, permaneció afuera, en pie ante lo desconocido, mirando el cielo tatuado con aquel extraño círculo.

No temía a los dioses ni a los hombres.

Su mano cayó por instinto en la empuñadura de su espada, compañera de batallas y victorias, guardiana de su vida y confidente de sus secretos del pasado, de los que no sentía el más mínimo arrepentimiento.

Y así, el último héroe de Berolia levantó de nuevo el brillante acero y lo blandió ante aquella amenaza, porque para él y su espada no existía dios o demonio, ni hombre ni bestia, sólo existía el reto.